

quien estuvo mejor que otra, porque todas estuvieron muy bien, es decir, sin superar ninguna a ninguna.

En realidad, los dos premios que en los futuros exámenes de septiembre se conceden, son casi insuficientes por la sencilla razón de que el trabajo, en el mero hecho de ser una imposición material sobre cualquier persona, merece una recompensa que necesariamente ha de estar en relación con el trabajo realizado.

Si bien es verdad que aquí no se busca el interés, sino solamente el estímulo de poderse presentar en la Sociedad, llevando sobre la frente el estigma del trabajo, para lo cual no hace falta que el premio sea de un mérito grande.

Felicitemos sinceramente a las futuras estrellas de la educación, por la brillante terminación de su carrera.

L. P.

Ejecución de Carlos I

Guisor (Historia de la revolución de Inglaterra).

Después de cuatro horas de un sueño profundo, Carlos se levantó. «Yo tengo un gran negocio que terminar—dijo a Herbert—; es necesario que me levante pronto». Y se puso a arreglarse.

Herbert, turbado, le peinaba sin atención. «Tomad, yo os ruego—dijo el rey—, la misma solicitud que de ordinario; aunque mi cabeza no deba permanecer mucho tiempo sobre mis hombros, yo quiero parecer hoy como un novio.»

Al vestirse, pidió una camisa más.

«La estación está fría—dijo—, y podría temblar, y algunas personas lo atribuirían tal vez a miedo; no quiero que tal suposición sea posible.»

Apenas amaneció, llegó el obispo y comenzó los ejercicios religiosos. Como él leyese en el capítulo XXVII del Evangelio, según San Mateo, el relato de la Pasión de Jesucristo, «Señor—dijo el rey—, ¿habéis escogido este capítulo como el más aplicable a mi situación?»

«Ruego a V. M. observe—respondió el obispo—que este es el Evangelio del día, como lo prueba el calendario.»

El rey pareció profundamente emocionado, y continuó sus oraciones con redoblado fervor.

A cosa de las diez, llamaron dulcemente en la puerta de la cámara. Herbert permaneció inmóvil; un segundo golpe se hizo oír un poco más fuerte, aunque ligero todavía.

«Ir a ver quién es—dijo el rey.

Era el coronel Hacker.

«Hacedle entrar.»

«Señor—dijo el coronel en voz baja y medio temblando—: he aquí el momento de ir a White-Hall (1). V. M. tendrá todavía más de una hora para reposar.»

(1) Plaza de Londres, en que fué ajusticiado Carlos I.

«Parto al instante—respondió el rey—, dejadme.»

Hacker salió; el rey se recogió aún algunos minutos; después, tomando al obispo por la mano, «Venid—dijo—partamos; Herbert, abrid la puerta; Hacker me advirtió por segunda vez.»

Y descendió al parque para volverse a White-Hall.

Hacker llamó en la puerta. Juxon y Herbert cayeron de rodillas.

«Levantaos, mi viejo amigo—dijo el rey al obispo, tendiéndole la mano. Hacker llamó de nuevo. Carlos hizo abrir la puerta.

«Marchad—dijo al coronel—, yo os sigo.»

Y avanzó a lo largo de la sala de los banquetes, siempre entre dos hileras de tropas.

Una multitud de hombres y mujeres se habían precipitado ante el peligro de la vida del rey, inmóviles detrás de la guardia, rogando por el rey a medida que pasaba; los soldados, silenciosos, no los detenían. A la extremidad de la sala, una abertura en el viejo muro conducía de plano al pie del cadalso, vestido de negro. Dos hombres estaban de pie cerca del hacha, ambos vestidos de marineros y enmascarados (1).

El rey llegó con la cabeza alta, paseando sus miradas por todos lados y buscando al pueblo para hablarle; pero las tropas cubrían la plaza y nadie podía aproximarse.

Y volviéndose hacia Juxon y Tomlinson, dijo:

«No puedo ser oído mas que por vosotros, lo que hará, pues, que os dirija algunas palabras.»

Y pronunció un pequeño discurso que él había preparado, grave y sereno hasta la frialdad, únicamente aplicado a sostener que él había tenido razón; que el menosprecio de los derechos del soberano eran la verdadera causa de las desgracias del pueblo; que el pueblo no debía tener ninguna parte en el gobierno; que con esta sola condición, el reino volvería a encontrar la paz y sus libertades.

Mientras hablaba, alguien tocó el hacha, y se volvió precipitadamente, diciendo: «No melléis el hacha; porque me haría daño». Y su discurso terminó; alguno se aproximó, diciendo. «¡Tened cuidado con el hacha! ¡Poned guardia al hacha!», repetía en un tono de frialdad... El silencio más profundo reinaba; puso sobre su cabeza un bonete de seda, y dirigiéndose al ejecutor, le dijo:

«¿Os incomoda mi cabello?»

«Ruego a V. M. los coloque bajo el bonete—respondió inclinándose.

(1) Habiendo desaparecido el verdugo de Londres horas antes de la ejecución, y cuando ésta se hubiera tenido que deferir, se presentó un desconocido que ofreció cortar la cabeza al rey; lo hizo, enunbierto siempre bajo una máscara y disfrazado.

El rey los colocó con la ayuda del obispo... «Tengo a mi favor—le dijo—, tomándose este cuidado, una buena causa y un Dios clemente.

«Sí, señor—le dijo el obispo—, no hay mas que un paso que dar, lleno de angustias y penas, pero poco duraderas, y pensad que os hace emprender un gran viaje. ¡Os transporta de la tierra al cielo!»

«Paso—dijo el rey—de una corona corruptible a una corona incorruptible, donde no tendré que temer ninguna turbación, ninguna especie de turbación.»

Y volviéndose hacia el ejecutor, le dijo: «¿Mis cabellos están bien?»

Se quitó su manto y su San Jorge (1), y dando éste al rey, le dijo: «¡Acordaos!» Quitó su hábito, recogió su manto, y mirando al tajo, «Ponedlo de manera que esté firme»—dijo al ejecutor—«Está firme, señor.»

«Yo haré—dijo el rey—una corta oración, y cuando extienda las manos, entonces...» Y recogiendo, se dijo a sí mismo algunas palabras en voz baja, levantó los ojos al cielo, se arrojó, puso su cabeza sobre el tajo; el ejecutor tocó sus cabellos para colocarlos todavía bajo su bonete; el rey creyó que iba a golpearlo: «Esperad la señal».

«Yo esperaré—respondió el ejecutor—, con el buen placer de V. M.»

Al cabo de un instante, el rey tendió las manos; el ejecutor golpeó, cayendo la cabeza al primer golpe.

«He aquí la cabeza de un traidor»—dijo mostrándosela al pueblo.

Un largo y sordo gemido se elevó alrededor de White-Hall.

Muchas gentes se precipitaron al pie del cadalso, para teñir sus moqueros en la sangre del rey.

Dos cuerpos de caballería, avanzando en dos direcciones diferentes, dispersaron lentamente la multitud.

El cadalso permaneció solitario; se levantó el cuerpo y se colocó en el ataud.

Crowel (2) quiso verlo, lo examinó atentamente, y levantó con sus manos la cabeza, como para asegurarse que estaba bien separada del tronco.

«Esta cabeza es la de un cuerpo bien constituido—dijo—y que prometía una larga vida!»

Traducción de E. S. V.

Cuenca, 14-6-1917.

Cortas biografías de Conquenses Ilustres

Fr. Melchor Cano: nació en Tarancón a principios del año 1509. Estudió en Sala-

(1) La cruz de San Jorge, patrón de Inglaterra. Es una orden de caballería del reino a semejanza de nuestras órdenes militares de Santiago, Alcántara y Montesa, y más antigua de la de Jarratiera.

(2) Este rigió los destinos de Inglaterra con el título de protector; después de muerto reinó Carlos II, hijo de Carlos I.